

bobo, té con dos terrones de azúcar y media galleta para cada uno.

A muchos les habría repugnado nuestra comida, pero para nosotros resultaban manjares suculentos. Lo que más apreciábamos de todo eran las gachas, y resolvimos comerlas nuevamente el primero de agosto, día que esperábamos con ansia, no solamente por las gachas, sino porque entonces habrían pasado cinco semanas más de nuestra residencia en la isla de Paulet.

Transcurrieron esas cinco semanas sin que ocurriese ningún acontecimiento notable. La mayor parte de las anotaciones del diario se refieren á fríos y tempestades. Casi una semana entera tuvimos temporales de nieves, tan continuos, que se nos hizo imposible salir. También habla el diario de la pesca y de la caza de focas, de cómo nos veíamos obligados á recurrir á nuestra provisión de carne de pinguino y de cuán sensible nos parecía que las sopas de verduras y otras cosas apetitosas se fueran concluyendo. De vez en cuando, entre las nevadas y malos tiempos, disfrutábamos algún día de cielo claro y hermoso y salidas de sol de una magnificencia tan grande de colores, que quizás únicamente se presentan en aquellas, por lo demás, tan sombrías regiones.

Llegó el mes de agosto, naturalmente con tempestades acompañadas á veces de verdaderos huracanes; marcando con frecuencia el termómetro—25°, pero observándose, sin embargo, signos de primavera, como eran deshielos, mar libre en ocasiones y vuelta de los pájaros bobos. Al efectuar un paseo el 8 de agosto alrededor de la isla oí por primera vez desde otoño el característico graznido de los pájaros y pude ver una bandada en una altura de hielo. Nos era imposible arribar allí para co-

gerlos, pero celebrábamos su venida como presagio de mejores tiempos.

El 12 de agosto hizo seis meses que abandonamos el barco y quedamos sobre los témpanos de hielo, con la inseguridad de si llegaríamos ó no á ganar tierra; pero la Providencia se había propuesto protegernos y sostener nuestras fuerzas para que, llegado el momento, pudiésemos también nosotros mismos hacer algo por nuestra salvación. A veces, cuando el sol calentaba algo más al mediodía y algún pájaro bobo llegaba á tierra, lo interpretábamos como signo de primavera, pero esto eran más bien suposiciones que realidades.

En tanto, reinaba viento del sur, y esto acontecía casi diariamente; teníamos un frío intenso, 20° ó más, y tempestad de nieve tan fuerte, que nos obligaba á permanecer dentro de la casa. Las últimas semanas de agosto y todo el mes de septiembre fueron días de espectación, durante los cuales nuestra vida transcurría poco más ó menos con la misma uniformidad que antes, diferenciándose únicamente en que ahora se presentaban focas de vez en cuando con mayor abundancia y daba ocasión á una excelente caza. El 20 de septiembre dirigieronse algunos hombres de la tripulación al hielo del estrecho y encontraron tres parejas de focas con sus crías recién nacidas. Puede, por lo tanto, notarse que los días más próximos al 20 de septiembre, aquí en el mar de hielo del Sur, corresponden á los del 20 de marzo en los mares de hielo del Norte, como época de cría para las focas.

A principios de octubre dispusimos una tumba para nuestro difunto camarada Wennersgaard y el 11 sacamos su cadáver de la nieve y lo enterramos en la fosa efectuando todas las ceremonias en lo posible iguales á

las de nuestro país. Pusimos la bandera noruega á media asta en la casa y la sueca tendida sobre el féretro.

El día 12 de octubre se presentó con un tiempo tan caluroso y apacible, que nuestras ropas, que habíamos conservado todo el invierno sin orear, pudimos tenderlas fuera para que se secasen. Era delicioso podernos cambiar las ropas de pies á cabeza, cosa que, por lo menos yo, no había podido hacer en seis meses. Durante el día se sostuvo la temperatura alrededor de la marca de hielo y un par de días después teníamos + 1°. El mejor tiempo del año parecía aproximarse, demostrándolo entre otras cosas, que los pájaros bobos empezaban á llegar de la parte del este. Venían arrastrándose por el hielo, cada día en mayor número, é iban á parar á nuestra isla, empezando pronto á aparearse y arreglar sus nidos. Algunos días después llovían las bandadas de pingüinos, los cuales, tan luego como la disolución de la nieve dejó el suelo limpio, pusieron los huevos, dos ó tres cada uno en los nidos, formados tan sólo por unas cuantas piedras. Los machos son los que arreglan los nidos, y cuando llegan las hembras se los ofrecen y toman éstas posesión de ellos. Un día di un paseo por la isla para estudiar la vida de aquellos pájaros, que, particularmente cuando están apareándose, ofrece mucho interés. En un sitio pude, por ejemplo, observar que dos machos se habían apostado á esperar la llegada de una hembra. Los dos estaban cacareando desafortadamente, y mientras uno de ellos no tenía ninguna piedra, el otro había reunido dos. La hembra se dirigió antes al primero, que empezó á hacerle caricias, pero cuando se apercibió de que no tenía ninguna piedra, lo dejó y se fué con el otro.

Este, volviendo los ojos y moviendo las patas, hizo cuanto pudo para conquistarla, pero al ver la hembra que no tenía más que dos piedras, también le dió calabazas y se marchó á buscar otro consorte más activo. Ignoro de qué manera terminaron estos preliminares, porque yo no podía seguirla, pero como había buen número de candidatos al matrimonio, supongo que al fin haría un buen casamiento. Además de pájaros bobos de la clase corriente tuve ocasión de ver cierto pinguino de un color particular, pues era amarillo por el dorso, presentando los demás un color obscuro.

Desde hacía tiempo habíamos resuelto que tan pronto como el estado del hielo lo permitiese, debíamos procurar ponernos en comunicación con los restantes miembros de la expedición, y con tal objeto habíamos observado desde las alturas de la isla de qué modo influían las tormentas y las corrientes del mar sobre los hielos, así como también espiado el momento de la apertura de las aguas para efectuar un viaje en bote.

Precisamente ahora, en octubre, cuando se presentaban los pájaros bobos y otros indicios de primavera, era la época apropiada para realizar en la primera ocasión este plan, de cuya feliz ejecución dependía nuestra salvación, y, naturalmente, empezamos á hacer con todo ardor los preparativos necesarios. Nuestra paciencia se pondría á prueba por algún tiempo. Las variaciones en el hielo y mar libre que con frecuencia observábamos no merecían mucha confianza porque las tormentas traían nuevas masas de hielo al estrecho y el intenso frío que aun se dejaba sentir de vez en cuando, tapaba con nuevas heladas los huecos y canales que durante los días de buen tiempo se habían formado.

Hasta últimos de mes no pudimos atrevernos á intentar el viaje.

El 30 de octubre fuí con el primer piloto y dos de los hombres que habían de tomar parte en la expedición á las alturas de la isla, con objeto de ver si lo que podía facilitar la realización de nuestros planes, es decir, vientos del oeste y deshielos, habían desaparecido. Al sur vimos que se extendía el hielo unas cuantas millas dentro del mar, mientras al este sólo se presentaba una faja estrecha. Si podíamos atravesar ésta, nos sería posible después, remando junto al borde del hielo, arribar á Snow-Hill. Resolvimos, por lo tanto, arreglarlo todo para el viaje y, si continuaba el buen tiempo, saldríamos á la mañana siguiente tan temprano como fuese posible. Además del candidato K. A. Andersson, me acompañarían Reimboldz, tercer piloto; Karlsson, segundo maquinista; Olsen, botero, y el cocinero A. Andersson.

La provisión se componía de una galleta de barco por hombre para veinte días, media libra de manteca por plaza para quince días, unos cuantos botes de carne en conserva que teníamos reservados para este viaje, una caja de comestibles y algunos aparatos, así como también varios útiles de pesca.

Todos los marineros estaban muy atareados para dejarlo todo listo. Yo confié al cuidado del primer piloto mis ropas, libros, papeles, cuentas y una cajita conteniendo aproximadamente cien libras esterlinas en oro. Tomamos tales medidas para el caso de que yo no volviese. Y cuando nosotros, los habitantes de la isla de Paulet, con motivo del viaje, nos reunimos aquella noche por última vez, al hablar de cómo podría haberles ido á J. G. Andersson, Duse y Grunden, y si conseguiríamos

nosotros llegar á la estación invernal, estábamos muy lejos de imaginar los acontecimientos que un par de semanas después cambiarían de modo tan feliz nuestra existencia y harían inútiles todas las precauciones que habíamos tomado para lo futuro.

CAPITULO XXIX

*Viaje en bote desde la isla de Paulet
á Snow-Hill*



Por fin pudimos emprender el viaje el día 31 de octubre. A las cinco de la mañana quedamos listos y nos pusimos en marcha. A poco de salir tuvimos brisa fresca y tormenta de nieve, que por momentos se hacía más densa, de tal modo, que únicamente podíamos ver á unos cuantos metros del bote ante nosotros. Remábamos tanto como era posible en dirección al sudeste, y á las nueve de la mañana dimos la vuelta al cabo y tomamos después rumbo al oeste. Como el viento empezaba á refrescar pusimos la vela y caminamos velozmente por entre los hielos. Procurábamos ir tan próximos como se hacía posible de la faja de hielo y después de haber pasado junto á un glaciar de enorme altura, navegamos un buen trecho en dirección al noroeste, hasta que dejamos la isla Paulet al noroeste. Entonces pusimos rumbo de oeste á sur, dándole más largas al bote. El viento había cambiado mientras tanto al sur sudeste. Era frío y algo recio, y después de dos horas